

La "Aurora de Chile"



A "Aurora de Chile"... fue un pregón que sacudió la modorra veraniega de Santiago el 13 de febrero de 1812. Fue también el nombre de una hoja impresa que circuló de mano en mano entre la población.

Por las calles estrechas, a la vera de las iglesias, en el fondo de las casonas de adobe y tejas, el mensaje tipografiado captó la atención y el entusiasmo de la gente:

—¿La ha visto... la ha comprado?...

Los hombres se detenían en las esquinas, se formaban grupos, se leía la "Aurora" en corrillos.

Eran cuatro páginas de papel florete, de un formato menor que el de los tabloides actuales. Un título del 36, un subtítulo que rezaba "periódico ministerial y político", y el texto compuesto con tipos del 12.

Un artículo de fondo llenaba más de la mitad de las columnas y el resto contenía rellenos de periódicos extranjeros, publicados con tres meses de retraso.

Era una pobre publicación, pero la que cuadraba con la ciudad de entonces.

Santiago era "una apartada y triste población de edificios bajos y mazacutodos", limitada por barriles al norte, sur, este y oeste. Las acequias corrían a tajo abierto por las calles. En la Plaza Mayor estaban las tiendas, la Catedral, un convento de monjas, la residencia de las autoridades, la Cárcel Pública con rejas de hierro y los barattillos. Los habitantes no subían de 36.000 y los que sabían leer quedaban circunscritos a los odores, cabildantes, consejeros, vocales, doctores, priores, canónigos, coroneles, oficiales, funcionarios, profesores, frailes, regentes, abogados y alcabaleros.

Entre ellos iban y venían los ejemplares de la "Aurora", como una bandada medrosa de pájaros blancos, que anunciaban el amanecer de una nación.

Por eso había júbilo entre la gente, por eso se abrazaban los desconocidos en las calles y se fe-

Por RAMÓN CORTEZ PONCE

licitaban unos a otros, alborozados de tanta felicidad.

Un día antes de la publicación de la "Aurora" se había repartido un prospecto en que se anunciaba que "ya estaba en nuestro poder el grande, el precioso instrumento de la ilustración universal: la imprenta".

Se cumplía un deseo largamente sentido. Treinta años antes el Cabildo había pedido permiso al rey de España para contar con un taller tipográfico, pero la solicitud había seguido el camino de los pasos perdidos por las oficinas del Consejo de Indias.

Durante la Colonia sólo se había contado en Chile con algunas colecciones de tipos y con prensas rudimentarias; la que tuvieron los padres dominicos, la que trajo el oidor José Rezabal y Ugarte, una que vino a lomo de mula por la cordillera enviada por el jesuita Carlos Haimhausen.

De tales imprentas sólo quedaban algunos chibaletes y algunas cajas que manejaba el bedel de la universidad, José Camilo Gallardo.

Después del 18 de septiembre de 1810, la necesidad de una imprenta era una necesidad de Estado. Juan Egaña en memorial al Presidente Toro y Zambrano señalaba la conveniencia de costear una imprenta "aunque sea del fondo más sagrado, para informar al público de los principios del Gobierno".

En 1811 la Junta presidida por Carrera decidió la compra. Tuviron participación en la operación el cónsul de Estados Unidos y gran partidario de la independencia, Joel Poinsett y el sueco nacionalizado chileno Mateo Arnaldo Hoevel, que hizo el encargo de la imprenta a Nueva York.

En noviembre de ese año fondeó en Valparaíso el "Galloway", barco consignado a Hoevel, en que venía la imprenta. Esta, más cincuenta fusiles y cien pistolas, costó al Gobierno 6.670 pesos.

Apresuradamente se condujo el taller tipográfico del puerto a Santiago y se le instaló en una

sala de la Universidad de San Felipe, situada en el lugar donde se halla el Teatro Municipal, en la calle San Antonio al llegar a Moneda.

La prensa era una mesa de roble americano, de 90 centímetros de alto, con una cubierta cuadrada de 1,20 m. Sobre ella se alzaban dos verticales con un travesaño, también de madera, atravesado por un tornillo metálico, accionado por un brazo que lo hacía subir y bajar.

Al tornillo estaba ajustada la platina, que era la que ejercía presión sobre las formas que se colocaban sobre la mesa. Dos hombres podían manejar la prensa, y ésta era capaz de hacer 100 impresiones por hora.

Quienes pararon los tipos de las páginas de la "Aurora" y quienes echaron a andar la prensa fueron tres expertos norteamericanos: Samuel Burr Johnston, Guillermo H. Burbidge y Simón Garrison.

Procedían de Nueva York y llegaron a Chile en el "Galloway", junto a la imprenta que iban a regentar. Cada uno de los tres era hábil en el oficio que inició en Estados Unidos aquel impresor que viajó en el "Mayflower", y que ennoblecieron las manos egregias de Benjamín Franklin.



AURORA DE CHILE

PERIODICO

MINISTERIAL, Y POLITICO.

VIVA LA UNION, LA PATRIA, Y EL REY.

PROSPECTO.

ESTÁ ya en nuestro poder, el grande, el presioso instrumento de la ilustración universal, la Imprenta. Los sanos principios el conocimiento de nuestros derechos, las verdades sólidas, y útiles van a difundirse entre todas las clases del Estado. Todos sus Pueblos van a consolarse con la frecuente noticia de las providencias paternales, y de las miras liberales, y patrióticas de un Gobierno benéfico, provido, infatigable, y regenerador. La pureza, y justicia de sus intenciones, la invariable firmeza de su generosa resolución llegará, sin desfigurarse por la calumnia, hasta las estremidades de la tierra. Empezará a desaparecer, nuestra nulidad política; se irá sintiendo nuestra existencia civil: se admirarán los esfuerzos de una administración, sagaz, y activa, y las maravillas de nuestra regeneración. La voz de la razón, y de la verdad se oírán entre nosotros después del triste, é insufrible silencio de tres siglos. ¡Ah! en aquellos siglos de opresión de barbarie, y tropelías Sócrates, Platon, Tulio, Seneca, hubieran sido arrastrados a las prisiones, y los Escritores mas celebres de Inglaterra, de Francia, de Alemania hubieran perecido sin misericordia entre nosotros; Siglos de infamia, y de llanto! La sáviduria os recordará con horror, y la humanidad llorará sobre vuestra memoria.

Desapareció en fin este triste periodo; pero aun sentimos sus funestas influencias. La ignorancia entraba en el plan de la opresión. La educación fué abandonada: la estupidez, la insensibilidad ocuparon en los animos el lugar, que se debía al sentimiento de su dignidad, al conocimiento de sus derechos: se corrompieron las costumbres, se adquirieron los vicios, y las inclinaciones de los esclavos; y aconstumbrados los Pueblos a obedecer maquinalmente, creyeron que les era natural su suerte infeliz. Parecía, que se hubiese borrado de su frente el carácter de magestad, y soberanía, que imprimió el Autor de la naturaleza sobre todos los hombres.

Con cuidado imprimieron los "yanquis" el primero y los siguientes números de la "Aurora". Seleccionaron bien los tipos, no incurrieron en errores, a pesar de serles ajeno el idioma de la publicación y entregaron puntualmente las ediciones.

Cuidadosamente lo hicieron todo hasta el 4 de julio. Ese día, aniversario de Estados Unidos, el consúl Poinsett dio una gran fiesta a las autoridades chilenas, a la que concurrieron naturalmente sus compatriotas. Mucho debe haberse brindado con "bourbon" y con aguardiente por las independencias de Chile y de Norteamérica, porque los tres impresores fueron a parar a la cárcel, después de una parranda descomunal.

La vieja prensa de la "Aurora" imprimió ése y numerosos periódicos del siglo XIX. Después de varias décadas fue al museo; pero no dejó de funcionar, por-

Mas ya por un beneficio de la Providencia digno de nuestra eterna gratitud, despertamos de aquel letargo profundo, y hemos tomado un movimiento grande, é inesperado a la felicidad; ¿Quién esperaba en efecto, que la opinión, y el sentimiento llegasen al estado en que actualmente se hallan entre nosotros? Sin embargo interesa consolidar la opinión, dictpar infundados rezos, y perseguir, combatir los errores hasta sus ultimos atrincheramientos.

Venid pues, ó sabios de Chile, venid, ayudad, sostened con vuestras luces, meditaciones, libros, y papeles, nuestros debiles esfuerzos, y trabajos. La Patria os invoca. Toda la America espera algo bueno de nosotros. Procuremos honrar la Patria, que nos ha sostenido. Dejemos a la posteridad algun vestigio de nuestra existencia. Todo se reúne para excitar vuestro zelo patriótico. La sublime idea de la libertad civil, los esfuerzos de una administración bien hecchbra, la sáviduria de sus miras, la presencia de la Imprenta de esta féil conservadora del pensamiento, quantas circunstancias nos rodean deben excitarnos al trabajo, encender la imaginación, y dar un nuevo tono a nuestra literatura.

Se ha notado en efecto, que los grandes acontecimientos políticos, las revoluciones, la variación de las leyes, la gloria de los Estados han comunicado vigor, y elevación a los espiritus.

Quando pues, sin embargo de los pasos inciertos, y vacilantes de un sistema naciente, se ofrecen a los animos atonitos tantas, y tan grandes cosas, que no nos atreviamos ni aun a esperar: ¿Que fantasma os se inflama, que corazon no se abre á esperanzas mayores, y mas halagüeñas?

La fluctuación, y tal vez variedad de opiniones, que tenian por principio un sentimiento acendrado de lealtad, que se alarmaba con vnos recelos, y no una divergencia de intereses, ni antiquados odios, cede á la

que siguieron imprimiéndose en ella rótulos, marbetes y otras obras menores. Sólo desde 1940 la prensa se exhibe al público en sitio destacado del Museo Histórico.

La "Aurora", además de cajas, tipos, de prensa y de operarios, contó con un artesano espiritual que se llamaba Camilo Henríquez.

Fue padre de la patria, padre de la Buena Muerte y padre del periodismo chileno.

Nació en Valdivia, en 1769, y desde niño dio muestras de una viva inteligencia, que movió a sus parientes a enviarle a estudiar a Lima.

Allí se destacó como alumno del colegio de los frailes de la Buena Muerte, quienes lo indujeron a seguir la carrera eclesiástica, único destino que la Colonia ofrecía a los jóvenes de escasos recursos.

Al finalizar la centuria, Camilo Henríquez cantó misa en la ciudad de los virreyes.

Pese a sus hábitos y a la disciplina monacal, fray Camilo tenía una incontenible sed de conocimientos. Su espíritu inquieto no podía quedar encerrado dentro del claustro de la teología, y sus lecturas llegaron hasta la filosofía de la época, en que imperaban Voltaire, Rousseau y los cofrades de la Enciclopedia.

En esas fuentes aprehendió los derechos inalienables de los hombres y de los pueblos, la doctrina del contrato social y las ideas de libertad, igualdad y fraternidad.

Un día cualquiera, la mano sagaz de la Inquisición cayó sobre el fraile de la Buena Muerte, quien durante varios meses no tuvo otro horizonte que las rejas de su celda.

Abuelto por falta de pruebas, Camilo Henríquez dejó el Perú y se fue al Ecuador, donde, entre otras cosas, se dedicó al aprendizaje de la medicina.

La prisión del Santo Oficio lo había desilusionado de todo, sin embargo, y lo que quería era ir a encerrarse a un convento.

Antes de enclaustrarse, vino a Chile a ver y despedirse de sus padres.

Su vuelta al país coincidió con la alborada de la independencia que surgía en septiembre de 1810. Aquí, en su tierra natal, estaba la causa que andaba buscando inconscientemente, la bandera que reconditamente quería abrazar.

Los patriotas lo recibieron como un enviado y como un hábil y culto colaborador.

Fue elegido diputado suplente, fue redactor de la proclama emancipadora que firmó con el anagrama de su nombre: Quirino Lemachez. Acaudilló al pueblo en la jornada que sofocó en Santiago el motín del brigadier realista Figueroa. Predicó en la misa solemne con que se inauguró el primer Congreso Nacional.

El 16 de enero de 1812 se cursó el decreto que nombraba a Camilo Henríquez redactor de la "Aurora de Chile".

Se le designó porque estaba "adornado de principios políticos, de religión, talento y virtudes naturales y civiles, y porque disponía de "la ilustración popular de un modo seguro", pudiendo transmitir "con mayor escrupulo la verdad que sola decide la suerte de los gobiernos".

AURORA DE CHILE

PERIODICO

MINISTERIAL, Y POLITICO.

No. 1.

Jueves. 13 de Febrero, de 1812.

Tomo 1:

NOCIONES FUNDAMENTALES SOBRE LOS DERECHOS DE LOS PUEBLOS.

TODOS los hombres nacen con un principio de sociabilidad, que tarde ó temprano se desenvuelve. La debilidad, y larga duración de su infancia, la perfectibilidad de su espíritu, el amor maternal, el agradecimiento y la ternura, que de él nacen, la facultad de la palabra, los acontecimientos naturales, que pueden acercar, y reunir de mil modos á los hombres errantes y liberos: todo prueba que el hombre está destinado por la naturaleza á la sociedad.

El fuere infeliz en este nuevo estado, si viviese sin reglas, sin sujecion, y sin leyes, que conservasen el orden. ¿Pero quien podia dar, y establecer estas leyes, quando todos eran iguales? Sin duda el cuerpo de los asociados, que formaban un pacto entre si de sujetarse á ciertas reglas establecidas por ellos mismos para conservar la tranquilidad interior, y la permanencia del nuevo cuerpo, que formaban. Asi pues el instinto, y la necesidad, que los conducia al estado social, debia dirigir necesariamente todas las leyes morales, y políticas al resultado del orden; de la seguridad, y de una existencia mas larga y mas feliz para cada uno de los individuos, y para todo el cuerpo social. Todos los hombres, decía Aristoteles, inclinados por su naturaleza á desear su comodidad, solicitaron, en consecuencia de esta inclinacion, una situacion nueva, un nuevo estado de cosas, que pudiese procurarles los mayores bienes posibles: tal fué el origen de la sociedad.

El orden y libertad no pueden conservarse sin un gobierno; y por esto la misma esperanza de vivir tranquilos, y dichosos, protegidos de la violencia en lo interior, y de los insultos hostiles, compelió á los hombres ya reunidos á depender, por un consentimiento libre, de una autoridad pública. En virtud de este consentimiento se erigió la *Protestad Suprema*, y su ejercicio se confió á uno, ó á muchos individuos del mismo cuerpo social.

En este gran cuerpo hai siempre una fuerza central, constituida por la voluntad de la nacion para conservar la seguridad, la felicidad, y la conservacion de todos, y prevenir los grandes inconvenientes que nacían de las pasiones: y se observa tambien una fuerza central, que proviene de los esfuerzos, injusticias, y vio-

lencias de los pueblos vecinos, por las cuales obran unos sobre otros para extenderse, y agrandarse á costa del mas débil; á menos que cada uno se haga respetar por la fuerza. Por este principio la historia nos presenta á cada paso la esclavitud, los estragos, la atrocidad, la miseria, y el exterminio de la especie humana. De aqui es que no se encuentra algun pueblo, que no haya sufrido la tirania, la violencia de otro mas fuerte.

Este estado de los pueblos es el origen de la monarquía, por que en la guerra necesitaron de un caudillo, que los condujese á la victoria. En los antiguos tiempos, dice Aristoteles, el valor, la pericia, y la felicidad en los combates elevaron á los capitanes, por el reconocimiento, y utilidad pública, á la potestad real.

No tuvo otro origen la monarquía española. Los Reyes Godos, que fueron en su principio sino Capitanes de un pueblo conquistador? Y de qué le hubiera servido al Infante Don Pelayo descender de los Reyes Godos, si los españoles no hubiesen conocido en él los talentos, y virtudes necesarias para restaurar la nacion, y reconquistar su libertad?

Establescamos pues como un principio, que la autoridad suprema trae su origen del libre consentimiento de los pueblos, que podemos llamar pacto, ó alianza social.

En todo pacto intervienen condiciones, y las del pacto social no se distinguen de los fines de la asociacion.

Los contratantes son el pueblo, y la autoridad ejecutiva. En la monarquía son el pueblo, y el rey.

El rey se obliga á garantir y conservar la seguridad, la propiedad, la libertad, y el orden. En esta garantía se comprenden todos los deberes del monarca.

El pueblo se obliga á la obediencia, y á proporcionar al rey todos los medios necesarios para defenderlo, y conservar el orden interior. Este es el principio de los deberes del pueblo.

El pacto social exige por su naturaleza que se determine el modo con que hade ejercerse la autoridad pública: en que casos, y en que tiempos se hade oír al pueblo; quando se le hade dar cuenta de las

El sueldo que se le confirió fue de 600 pesos anuales, y su obligación, escribir las cuatro páginas de la "Aurora".

Como redactor Henríquez dio de sí todo lo que era capaz. En realidad, "entraba tarde a la carrera de escritor. No había ejercitado su pluma en la juventud, ni conocía los resortes de nuestra lengua por haber hecho sus estudios en el latín artificial de los escritores escolásticos, y por haber ensanchado sus conocimientos en los libros extranjeros que podía procurarse".

De todas maneras era el redactor más indicado. En una sociedad formada por plebeyos, que eran verdaderos siervos, y por nobles sin ilustración, de los cuales seis hablaban francés y ninguno inglés, Camilo Henríquez tenía que sobresalir por su cultura y sus conocimientos.

Estaban a su favor, además, el ardor de su espíritu, su patriotismo acendrado y su fuerte y decidida voluntad.

Con una pluma de ganso, una resma de cuartillas y algunos diarios viejos inició su trabajo de primer periodista.

Se cuenta que, convencido de la necesidad de saber el inglés para poder traducir periódicos y libros en ese idioma, lo estudió y logró aprenderlo en pocos meses. En el primer número de la "Aurora" hay dos informaciones traducidas del "Times" de Londres.

En el artículo principal, Camilo Henríquez dio rienda suelta a las ideas de liberación e independencia de que estaba poseído. Lo tituló "Nociones fundamentales sobre los derechos de los pueblos" y, más que un artículo, fue un alegato vehemente a favor de la emancipación política, impregnado en la filosofía de Juan Rousseau.

Muchas frases son laboriosas, hinchadas de retórica, desprovistas de la claridad que debe transparentar la idea como la pantalla envuelve la luz. Pero, por encima de las miserias del estilo, están el aliento del periodista y la fe del patriota, que claman por una patria libre y soberana.

No más de doscientos fueron los ejemplares de la primera edición de la "Aurora", pero su repercusión en los espíritus—según un historiador— fue más grande que si las campanas de la Catedral se hubiesen echado a vuelo en toque de sonatén.

De la "Aurora" salieron a la luz pública 58 números, desde el 13 de febrero de 1812 hasta el 19 de abril de 1813. La impresión de esas ediciones costó al Gobierno la suma de 4.765 pesos.

En ella no se publicaban avisos comerciales y se vendía en la oficina del correo, en la imprenta donde se editaba y en el almacén de un comerciante llamado Roque Allende.

Además de Henríquez, que escribió la gran mayoría de los artículos, colaboraron en la redacción Agustín Vial, Juan Egaña, Hipólito de Villegas, Antonio José de Irisarri, Manuel de Salas, el padre José María Bazaguchias y Manuel José Gandarillas. Este último además de escribir aprendió tipografía y pudo componer la "Aurora" cuando los gráficos norteamericanos dejaron de concurrir a la imprenta durante algún tiempo, después de aquel 4 de julio.

Sin razón aparente, el primer periódico nacional dejó de salir el 19 de abril de 1813 y apareció tres días más tarde con el nombre de "El monitor araucano". Esa semana había desembarcado en San Vicente, provincia de Concepción,

el jefe español Pareja, que venía del Perú a combatir al gobierno patriota.

El 7 de agosto de 1813 apareció "El Semanario Republicano", fundado y dirigido por el guatemalteco Antonio José de Irisarri, quien desembozadamente preconizaba la ruptura definitiva de Chile con la metrópoli.

Tanto "El Monitor" como "El Semanario" se editaron en la misma imprenta de la "Aurora".

Las publicaciones de la época, pobres de formato, de páginas y de impresión, fueron las que sostuvieron el fervor de la causa nacional durante los días agitados de la Patria Vieja.

Fueron los elementos con que contaron los sostenedores de la independencia para tratar de vencer en el campo de batalla de los espíritus, junto con tratar de imponerse por medio de las armas.

La suerte de la patria fue adversa, sin embargo. El ejército patriota marchó de retirada en retirada hasta que se produjo el desastre de Rancagua.

El último número de "El Monitor" salió un día antes de la heroica derrota de O'Higgins.

Como una cruel ironía el vencedor realista, cuando tomó Santiago, hizo que en la misma imprenta de los patriotas se imprimiera una publicación titulada: "¡Viva el rey! Gaceta del Gobierno de Chile".

Junto con los restos de la tropa, Camilo Henríquez y sus colaboradores atravesaron la cordillera de los Andes rumbo al destierro.

En Buenos Aires, el fraile de la Buena Muerte fue nombrado director de "El Censor", órgano del Cabildo de aquella capital.

Pasaron los años y después de las sombras de la Reconquista se levantó el sol del 12 de febrero de 1817. En la Cuesta de Chacabuco el ejército patriota batió a los españoles. Al día siguiente San Martín y O'Higgins entraron en la capital.

El 26 de febrero, en la vieja prensa de la "Aurora" se imprimió orgullosamente un nuevo periódico. Se llamaba "¡Viva la Patria! Gaceta del Supremo Gobierno de Chile".

